

ENCUENTRO CON LA NIEVE

LUIS SUARDIAZ

En realidad: un derrumbamiento de hielos amarillos,
junto a las luces intensas de la pista. Los aviones
levantan frías columnas de humo y los mecánicos
pasan en sus abrigo, rápidos como sombras.

Dentro hay espejos en los que nuestros rostros
se diferencian de lo que somos: paredes muy delgadas,
revistas, un niño que aprieta contra su pecho
la bola del mundo. . .

Los funcionarios buscan nuevas conspiraciones
en nuestros pasaportes y las camareras andan delicadamente,
como las enfermeras de un mágico hospital de cristales.

HISTORIAS REALES

2

Sancho cierra los postigos
de las bodegas que guardan
todo el vino del Siglo XVII.
Baja hasta la podredumbre.
Ahora se yergue, muy cerca
de un largo esqueleto encadenado.
“Avellaneda me ha leído todo cuanto
dijiste; los horrores que cuentas de mí...”
El esqueleto no responde. Entonces
Sancho lo golpea con su única mano
durante muchas horas.

Y se aleja llorando.

RECITAL

La poeta hace su entrada. Sube a una especie de estrado,
Acaba de vencer los últimos obstáculos y observa
la concurrencia de la cintura hacia abajo.
Parece una virgen de cera oscurísima.

De pequeña, conoció leyendas y alegorías de su lugar.
 Escuchó grandes confesiones a los bohemios del Puerto,
 y se entretuvo en componer cartas cifradas,
 desde el nostálgico Balcón de Velásquez. Quería respirar
 con los pulmones de la Gran Capital, adelantarse a los días
 del porvenir desde los rascacielos de la calle ele
 y de la Plaza de la Revolución.

Ahora es gente mayor. Se desentiende de las palomas
 y las flores de sus versos primarios. La pálida
 y húmeda poeta que exalta el maestro de ceremonias;
 suave con premeditación, iluminada por el misterio.

En la fecha de hoy, a esta hora, llega su turno de exponer.
 Y lo hace, representando a una abuela, a una monja de zapatos
 altos, a un muelle, a un héroe que camina hacia la costa.
 A un animal también. A un espectro que se detiene y se vuelve
 y después echa a andar, como si fuera un hombre.

1966

EXPEDIENTE

Ahora te pierdes en cacerías sin fortuna.
 Abres tumultuosos armarios, descienes
 pesadamente. Y de momento, caes de espaldas.
 Ahí tienes lo que hicieron de ti. Lo que hiciste.
 Escarbas penosamente, hasta injertar ramas sin fruto.
 Andas entre la gente como un fantasma.

Un día desapareces. Nadie anota tu ausencia.

Este pudiera ser el último aviso.

1967

UNA TAZA DE TE

Katherine Mansfield, de Nueva Zelandia, antes de rendirse a la evidencia de la tuberculosis, en 1923, llevó a la tumba a Kathleen Beauchamp. Y trastornó el buen gusto de las burguesitas con chismes de anticuarios, de amantes frívolos y de institutrices violadas por viejos monstruos.

Puso veneno para un buen rato en el five o'clock tea.

Los hábiles policías británicos no conocen del caso. La señora Mansfield no aparece entre los disidentes peligrosos (el estilo del señor Bernard Shaw) y nadie se atreve a denunciar que su rostro alargado y sus ojos guardan una espantosa semejanza con el judío que contó una historia negra, conocida como El Proceso. Kathleen Beauchamp fue hallada a su tiempo en un violoncello. Katherine intentó entonces una especie de confesión: *Todo se viene abajo, excepto la verdad.* Pero ella era una virtuosa. Una mujer enferma que enviaba críticas a las revistas y sensibles composiciones donde las heroínas dan limosnas a las muchachas sin hogar.

Además, yacía en Fontainebleau, lejos de los grandes Palacios,
de los cafetines bulliciosos. ¿Cómo tomar en serio
los indicios que la acusaban de envenenar el té
de las vagabundas, de las señoras, de las empleadas
que un día aparecen rígidas en sus lechos
sucios como la nieve?

1967

MONOLOGO DE LA AEROMOZA

Coloquen sus asientos en posición adecuada
y le serviremos un fragante desayuno. Le invitamos
a ceñirse la faja protectora. Pase por alto
la desmesurada apariencia del vacío.
Nada fatal puede ocurrirle. Por suerte, viaja usted
en una nave de retropropulsión que ni siquiera
soñaron los profetas. Sonría. Distráigase con la prensa,
con las revistas ilustradas. Estamos a dieciocho mil
quinientos pies de sus preocupaciones; empléese a fondo
con el pan, el queso derretido y las milagrosas láminas
de jamón. Fume, si es de su gusto, únicamente cigarrillos,
tan pronto se apague la señal bilingüe.

Entréguese al paisaje (ahora volamos sobre New York),
olvide por unas horas los planes a largo plazo
y sus humillantes frustraciones. No se malgaste
pensando quién le espera. Entreténgase multiplicando

los ángeles que nos sobrevuelan y las sirenas
que al mediodía podremos ver nítidamente en el Mar Caribe.
Nos sentimos tan hornados con su presencia a bordo. Relax.

Es nuestro deseo mayor que todo le sonría,
y que su estancia en la ciudad sea como un sueño y . . .

No fumar hasta que sus pasos resuenen
dentro del edificio.
Gracias.